

Arquitectura para un verano nórdico

Nos acercamos a la Región de los Mil Lagos de Finlandia: arte y arquitectura en un entorno natural privilegiado.

Por Daniel Díez Martínez Fotografía Álvaro Laforet

FINLANDIA ES EL PAÍS más feliz del mundo. O al menos así lo asegura Naciones Unidas en el World Happiness Report 2018, un informe publicado en marzo de 2018 que evalúa el bienestar de la población en un total de 156 países. La esperanza de vida de sus habitantes, las excelentes políticas y prestaciones sociales del país o el contacto con la

naturaleza –el 75% de su superficie terrestre está recubierta por bosques– fueron factores decisivos para que Finlandia se alzara con el primer puesto.

Solamente existe una manera de comprobar si el informe de Naciones Unidas exagera en sus conclusiones, así que tomamos uno de los 40 vuelos de Finnair que salen desde nuestro país cada semana. Sin embargo, en esta ocasión decidimos alejarnos de los circuitos habituales. “Históricamente, el

Cabaña y barcas a la orilla de uno de los miles de lagos que pueblan la región central de Finlandia.



Composiciones clasicistas italianizantes y materialidad local se dan la mano en el ayuntamiento de Säynätsalo (1950-52), una de las obras más importantes del arquitecto finlandés Alvar Aalto.

turismo internacional se ha concentrado en el norte del país, en la región de Laponia, o en el sur, alrededor de Helsinki”, asegura Jordi Rivera, director del departamento de Europa de la touroperadora Catai. “Por su parte, la zona central de Finlandia, conocida como la Región de los Mil Lagos, ha estado tradicionalmente más enfocada al turismo doméstico”. Lo de los mil lagos no es una exageración: en realidad son cerca de 188.000. “El suave verano finlandés invita a disfrutar de una tradicional sauna de humo a orillas de un lago, asistir al espectáculo natural del sol de medianoche o respirar el aire de los bosques de uno de los entornos más vírgenes de nuestro continente. Pocas regiones del mundo integran de forma tan especial el arte y la arquitectura con la naturaleza”, concluye Rivera.

Nuestro periplo comienza en Jyväskylä, una pequeña ciudad universitaria también llamada la Atenas finlandesa, cuna de la cultura y la arquitectura de la región, y ciudad de adopción de unas de las figuras más importantes de la arquitectura moderna del siglo XX: Alvar Aalto. Aalto es un héroe nacional. Antes de que el euro devorara con indiferente uniformidad la identidad pecuniaria de las distintas naciones de la Unión Europea, los billetes de cincuenta marcos finlandeses mostraban con orgullo el rostro del arquitecto y una de sus obras públicas más emblemáticas, la Casa de Finlandia. Jyväskylä cuenta con un total de 29 obras del maestro, lo que le convierte en una especie de lugar sagrado para los finlandeses y en un parque temático del buen diseño para los amantes de la arquitectura.

Un paseo por la ciudad y sus alrededores permite ver la



evolución creativa de Aalto: desde las primeras obras de los años 20, que celebran un romántico clasicismo de clara inspiración italiana, como la Iglesia de Muurama y la Sede de la Sociedad Obrera, recientemente reformada; hasta el funcionalismo organicista más representativo de su última etapa, como el Teatro del Centro Administrativo y Cultural de Jyväskylä, concluido en 1982, seis años después de su muerte. El Museo Alvar Aalto, también obra del arquitecto, aloja una colección que nos permite acercarnos a su faceta como diseñador de mobiliario y objetos de uso cotidiano, mientras que el campus de la Universidad de Jyväskylä, integrado por más de una decena de edificios, es un excelente ejemplo de su forma de trabajar la gran escala en la cumbre de su madurez creativa. El vasto conjunto edificado enfrenta curvas y formas blandas con geometrías puras y líneas rectas, planteando un conflicto que se enfatiza y

resuelve con una paleta de materiales reducida, igualmente dicotómica, consistente en elementos tradicionales como el ladrillo y la madera, y texturas abstractas de paramentos blancos y grandes paños de vidrio de suelo a techo que diluyen los límites para que el paisaje natural abrupto y salvaje exterior participe en los espacios interiores.

En las afueras de Jyväskylä se encuentra Säynätsalo, una isla diminuta cuyo ayuntamiento es no solamente una de las obras más importantes del arquitecto finlandés, sino posiblemente de la historia de la arquitectura moderna del siglo XX. Construido a principios de los años 50, el edificio se utilizó como casa consistorial hasta 1993. Desde entonces, la obra de Aalto permaneció en desuso y completamente cerrada durante más de 20 años, pero no olvidada. “Mi madre vivía en Säynätsalo, y cada vez que venía a visitarla, veía a decenas de arquitectos y estudiantes



El interior del Teatro del Centro Administrativo y Cultural de Jyväskylä (1964-82) de Alvar Aalto aborda la gran escala sin perder el gusto por los detalles.



El ayuntamiento de Säynätsalo no es solamente una de las obras más importantes de Alvar Aalto, sino posiblemente de la historia de la arquitectura moderna del siglo XX.

tomando fotos y dibujando alrededor de esa pequeña construcción de ladrillo abandonada”, recuerda Harri Taskinen. Taskinen decidió dejar su trabajo como profesor y editor de libros en Helsinki y trasladarse a la isla para asumir el reto de darle al ayuntamiento una nueva vida, sin por ello alterar su espíritu original. “Este edificio cuenta con un alto grado de protección, así que todo lo que veis está igual que cuando se construyó en los años 50: mobiliario, carpinterías, cuartos de baño... Preferimos sacrificar las comodidades del siglo XXI para ofrecer al visitante una experiencia auténtica”.

Las viviendas para funcionarios se han transformado en habitaciones y apartamentos de alquiler vacacional, las oficinas y despachos en zonas de estudio o de trabajo, e incluso ha abierto un pequeño restaurante donde se sirven todo tipo de *delicatesen* de la gastronomía local. El edificio se ha reactivado no solamente para los visitantes, sino también para la población local, que utiliza el ayuntamiento como

centro de reuniones para empresas regionales, para la celebración de fiestas y encuentros vecinales, o incluso para pequeños conciertos al aire libre en verano. Taskinen, además, ha puesto en funcionamiento un programa de residencias artísticas y de investigación. “Ahora mismo tenemos un estudiante italiano que está desarrollando una tesis doctoral sobre la obra de Alvar Aalto. ¿Crees que existe un lugar mejor que este para estudiar algo así?”, dice orgulloso, mientras abre la puerta de uno de los despachos, cuidadosamente amueblado con piezas de mobiliario

diseñadas por Aalto y abierto al paisaje boscoso de Säynätsalo.

A escasos 90 kilómetros de Jyväskylä hacia el oeste se ubica Mänttä, una pequeña localidad de apenas 10.000 habitantes cuya alta concentración de museos y galerías de arte le ha valido el sobre nombre de *Art Town*. El desarrollo económico de Mänttä está estrechamente ligado al apellido de la familia Serlachius, una estirpe de empresarios visionarios que, desde finales del siglo XIX, convirtieron un pequeño pueblo de granjeros en una zona remota de Finlandia en una

comunidad próspera vertebrada alrededor de la explotación de los bosques para la fabricación de papel. Los Serlachius combinaban su habilidad para los negocios con la pasión por el arte, lo cual les llevó al mecenazgo de numerosos pintores y escultores finlandeses, así como a la adquisición de una extensa colección de obras de arte. En 1933, Gösta Serlachius creó la Fundación Serlachius, actual gestora de los museos más importantes de la zona.

La antigua sede de la empresa papelera, hoy reconvertida en el Museo Gustaf, es una joya arquitectónica del racionalismo escandinavo de los años 30 cuyas formas puras dialogan con una profusa decoración de pinturas murales que exaltan el desarrollo industrial. En las mismas orillas del lago Melasjärvi se encuentra el Museo Gösta, un complejo arquitectónico y paisajístico en el que destacan dos piezas: la Mansión Joenniemi, una edificación construida en 1935 con formas clasicistas y materiales propios de la arquitectura vernácula finlandesa que

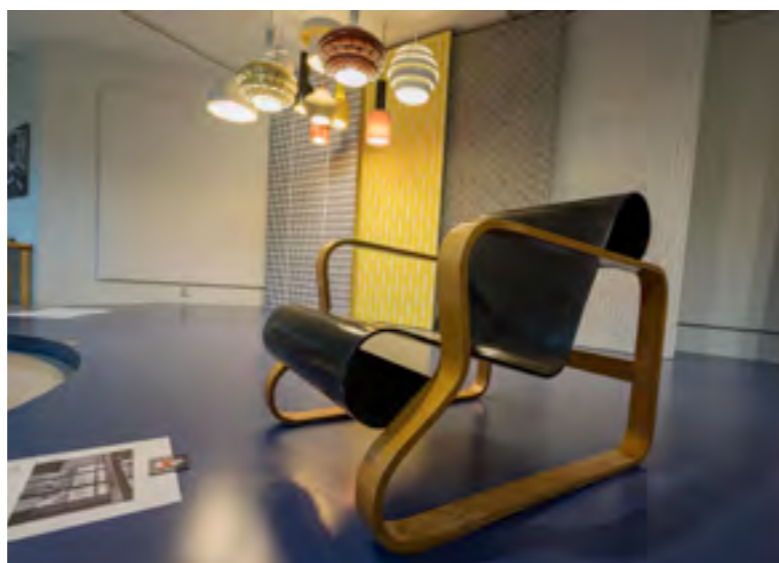
funciona como museo de arte desde 1945, y el Pabellón Gösta, inaugurado en 2014 como una ampliación del museo original. El diseño corre a cargo del equipo de jóvenes arquitectos integrado por Mara Partida, Héctor Mendoza y Boris Bezan, con sede en Barcelona, que ganó un concurso internacional al que se presentaron un total de 579 proyectos elaborados por estudios de arquitectura de 42 países diferentes. Päivi Viherkoski, directora de desarrollo y comunicación de la Fundación Serlachius, cree que el valor fundamental de la propuesta ganadora fue el respeto por el ‘lugar’, en el sentido más amplio de la palabra. “Aunque nos encantó la manera en que el proyecto se relacionaba con la Mansión Joenniemi y con un entorno natural privilegiado, lo que realmente nos impresionó es cómo unos arquitectos extranjeros supieron conectar tan bien con otros rasgos propios muy importantes para nosotros, como la cultura, el paisaje o el clima”.

El nuevo pabellón plantea un diálogo arquitectónico que conjuga lo local y lo universal. Así, se

presenta al visitante ofreciéndole su lado más poroso, con un gran hueco de acceso sobrio que plantea un aspecto público discreto que en ningún caso trata de competir con el museo antiguo, al que se conecta suavemente mediante un cuerpo ligero de vidrio. En su dimensión urbana, se plantea como una única pieza de geometría irregular con un desarrollo longitudinal que le permite abrirse a los espacios ajardinados circundantes gracias a una piel permeable de madera de abeto, la misma especie que se utiliza en la zona para transformar su pulpa en papel, que evidencia una conexión idiosincrática con la tradición industrial del lugar. El mismo ritmo vertical uniforme que configura esta envolvente exterior se traslada al interior en una trama regular de pilares y vigas de madera laminada que dotan a los espacios expositivos de un aspecto sobrio aunque acogedor, como un bosque congelado irremediablemente finlandés. El resultado es, cuando menos, conmovedor.

Y hablando de tradiciones locales, seguramente buenos hábitos como la sauna tienen que ver con que Finlandia sea el país más feliz del mundo. Porque aunque no se sabe con certeza quién la inventó, lo que está claro es que Finlandia es el país con mayor cantidad de ellas per cápita: más de dos millones, prácticamente una por cada dos habitantes. Eso sí es densidad. ▀

Alvar Aalto fue algo más que un arquitecto: también fue un gran diseñador de mobiliario, lámparas, textiles y todo tipo de objetos de uso cotidiano. Se puede ver gran parte de su trabajo en el Museo Alvar Aalto, en Jyväskylä.



El nuevo pabellón de ampliación del Museo de Arte Gösta Serlachius (2014) en Mänttä plantea un diálogo respetuoso con el paisaje y la historia del lugar.